

F. Araneda Bravo

Recuerdos del doctor don Augusto Orrego Luco



NO pretendo escribir la biografía de don Augusto Orrego Luco, para hacerla sería menester escarbar cincuenta años en la vida intelectual y política chilena, y esto es incompatible con el ejercicio del ministerio sacerdotal. Quiero apuntar solamente algunos recuerdos, aprovechando la quietud de unos hermosos días de campo, junto a un naranjo que se dobla bajo el peso de sus dorados frutos y cerca de unos macizos granos de trigo que después romperán la tierra para convertirlos en rubias espigas. Don Augusto era un artista que amaba la belleza en todas sus manifestaciones y por eso al hacer estos recuerdos íntimos de su vida, absorto en la contemplación de estos campos blanqueados por la escarcha y del horizonte bronceado por los primeros rayos del sol, me es más fácil recordarlo tal como era: alegre, bondadoso, elegante, alumbrado de esa chispa de ingenio que mantuvo encendida hasta sus últimos momentos.

Lo vi por vez primera en marzo de 1924, en la vieja Biblioteca Nacional de la calle Compañía esquina de Bandera; buscaba ahí, en el antiguo Congreso de la Patria Nueva, documentos para escribir su «Patria Vieja»; trabajaba en la oficina de aquel espíritu tan fino y tan modesto del que fué mi

profesor, don Ramón A. Laval; yo iba a inscribir un folleto recién publicado, con las biografías muy mal escritas de los Presidentes de Chile. Inmediatamente quiso verlo y me lo pidió; cuando leyó la dedicatoria a mis padres, dijo sonriente: «comienza bien este joven y pariente mío... tráigame uno a mí, soy Augusto Orrego Luco». Grande fué mi sorpresa al encontrarme tan cerca de un hombre a quien admiraba desde niño; había escrito su biografía junto con la de otros viejos, muy viejos, por quienes sentía profunda veneración: Crescente Errázuriz, Pedro A. Valenzuela, Abdón Cifuentes, Ventura Blanco Viel y Jorge Montt, todos pasaban entonces los sesenta años y a mí, a los catorce, me parecían héroes legendarios. Después de algunos días, le llevé el folleto, que recibió con mucho cariño. No lo vi más hasta mayo de 1928, época en que fuí a su casa de la calle Catedral, pronto recordó la entrevista de la Biblioteca y comenzó una amistad tan estrecha que duró hasta su muerte. Iba a verlo casi diariamente y gozaba con su charla siempre coloreada por esa ironía tan sutil, casi imperceptible, en la cual se transparentaba su grande ingenio. Muchas atenciones he recibido también desde entonces de su esposa, la ilustre doña Martina, mujer excepcionalmente distinguida, tipo de la dama chilena culta y bondadosa.

* * *

Conversando con don Augusto, veía desfilas como en una cinta cinematográfica, con esa claridad con que iluminaba todos sus recuerdos, los tiempos en que él actuó: hombres y acontecimientos que ahora constituyen buena parte de la historia de Chile. Cuando contemplaba el pasado, sus ojos serenos, tan vivos, eran como dos cirios que me alumbraban el panorama y así podía mirar sin esfuerzo, con luz meridiana, esa época romántica y caballeresca de la cual era él su últi-

mo representante entre nosotros. Un día me habló de don Andrés Bello, el sabio que dió a Chile su cultura literaria y su legislación y me contó esta anécdota interesante que acentúa dos caracteres: don Augusto había dado el bachillerato en septiembre de 1865 ante una comisión compuesta por los profesores don Miguel L. Amunátegui, don Baldomero Pizarro, don Joaquín Blest Gana y don Justo Florián Lobeck. El joven alumno presentó una prueba escrita en la cual censuraba la gramática de don Andrés Bello; cuando terminó el examen don Joaquín Blest fué a la casa del Rector y, al preguntarle éste por el resultado de las pruebas del día, el examinador le contó el caso del joven Orrego Luco. Pocos días después, se reunió el Consejo en casa del Rector y don Augusto fué en busca de su título. Don Andrés Bello acostumbraba conversar con cada uno de los aspirantes, mientras esperaban en una sala contigua a su escritorio: les preguntaba el nombre y la carrera que deseaban seguir; cuando le tocó el turno al bachiller Orrego, el anciano maestro exclamó: «¡Ah, el insurgente!». Otra vez recordó a don Mariano Casanova, su maestro en el Instituto Nacional y a quien conoció más tarde en la intimidad, sirviéndolo profesionalmente. Casanova, cuando hablaba en la tribuna, lo hacía como si estuviera en un salón, con la mesura, la sobriedad y la parsimonia de los gestos; su oratoria era como su voz, amplia y suave. El tercer Arzobispo de Santiago ha sido, sin duda, nuestro primer orador sagrado; el único que podía compararse con él era el Obispo Orrego, pero había una diferencia, el reflejo que da a las palabras la fisonomía del orador, Casanova tenía una figura de líneas correctas y Orrego era de una fealdad magnífica. Como buen liberal, hablaba muy bien del discutido carónigo don Francisco de Paula Taforó: era un clérigo inteligente y un gran orador, me decía entusiasmado, en uno de sus escritos había dicho don Augusto «que una miniatura de Fenelón sería un gran retrato de Taforó». En el Obispo Salas, reconocía el doc-

tor una mentalidad poderosa, tal vez de las más agudas de Chile, pero no podía perdonarle su actuación política. Siempre recordaba, también, al poeta Guillermo Blest Gana; su alma romántica sufría pensando en ese «olvido ingrato» en que vivió el bardo en sus últimos años. Cuando yo le dije que estaba comisionado para rendirle homenaje en una sesión solemne que el Ateneo de Santiago le dedicaría en su centenario (1929), se alegró mucho, y me dió cuanto dato encontró y después me revisó cuidadosamente el discurso, que ni por eso pasó más allá de la mediocridad. Don Augusto amaba apasionadamente el pasado con sus hombres e instituciones; siempre se quejaba de la ingratitud de los nuevos literatos y, cuando alguien reconocía la grandeza de sus contemporáneos, parece que su espíritu delicado y sensible entraba en contacto con ellos, viviendo horas de íntimo júbilo espiritual. Don Augusto era, para mí, como el último latido del corazón de una época. Este amor vehemente al pasado fué siempre medido por su inteligencia, afecto que está como en su constitutivo más sublime en la «Patria Vieja», su obra póstuma, verdadera historia intuitiva y serena escrita, como todo lo suyo, con estilo comunicativo.

* * *

Como hombre de una indiscutible superioridad, no le gustaba hablar de sí mismo, nunca le oí recordar sus triunfos políticos, jamás supe nada por él de su brillante actuación en la presidencia de la Cámara de Diputados en 1886, época en que redactó un reglamento para terminar con esa costumbre insoportable de que la minoría fuera dueña de prolongar o terminar las discusiones. Nunca tampoco mencionaba su abnegada labor como médico de esta ciudad y de Valparaíso durante la viruela, actividades en las cuales se convirtió en un verdadero apóstol de los necesitados. El doctor Orrego,

amaba la medicina no como una profesión lucrativa, sino como un sacerdocio; por eso jamás ganó dinero; no sólo veía gratis a los pobres, sino que también les daba los remedios; los menesterosos le llamaban el «brujo de la Cañadilla» por las curaciones que realizaba en los temperamentos nerviosos, que para esa pobre gente ignorante, eran verdaderos milagros. Nunca se expresó, tampoco, don Augusto de la influencia preponderante que ejerció en el Gobierno del Presidente Errázuriz Echaurren, como Ministro y Consejero de ese mandatario. Admirado por sus discípulos y amigos, dentro y fuera de Chile, nunca contrajo nupcias con doña vanidad y cuando alguien perdía el equilibrio y se sentía superior, se disgustaba profundamente. En una carta que me escribió desde París en octubre de 1929, dice refiriéndose a un crítico chileno: «Por lo que conozco a X, creo que ha sido perturbado por la atmósfera en que vive y que se ha dejado influenciar por un círculo literario desgraciado que se embriaga con el ruido de sus propios aplausos».

* * *

En su modestia, fué una verdadera deferencia, tal vez para satisfacer mi curiosidad juvenil, que me enviara desde Niza, en carta de diciembre de 1930, algunos recuerdos íntimos de sus primeros años de periodista y para que no pierdan nada de su sencillez y simpatía los transcribiré textualmente: «Mi vida de periodista ha principiado desde que entré al Instituto Nacional en 1863, yo era el redactor de un periódico manuscrito que circulaba semanalmente entre los estudiantes. Era un periódico de crítica alegre y traviesa de la vida del colegio y de ese periódico sólo conservo un recuerdo: Don Diego Barros comenzó su organización del Instituto, separando a todos los profesores que habían figurado en el partido nacional y entre ellos cayó Don José Zegers R. que se había ganado las simpatías de sus alumnos

por su benevolencia. En su lugar, se había hecho cargo de la clase de Física Don Galo Lavín que había tenido la desgracia de decirnos en su primera lección que para repetir la célebre experiencia de Volta, «se toma una rana, se la mata y en seguida se la desuella viva». La frase fué recibida en medio de una alegre carcajada que luego se extendió por todo el Instituto. Yo recogí esa anécdota en mi diario manuscrito y cada vez que Don Diego se paseaba por los corredores del colegio oía a muchos que pasaban a su lado, repitiendo en voz alta: «se la mata y se la desuella viva». Esa repetición le dió a la frase una triste celebridad de colegio. Publiqué después, siendo todavía alumno del Instituto, un periódico que nosotros mismos imprimíamos a la diablo, un periódico que se llamaba el «Lincoln», del cual no conservo ningún recuerdo y más tarde, junto con Luis Montt, publicamos en la Imprenta Americana un periódico semanal en que usted encontrará pobres artículos míos inspirados en las lecturas de Lamennáis, Edgard Quinet, de Sar Pelatan y Francisco Bilbao. Esa influencia se dejará sentir en mis escritos hasta un folleto titulado «República y Theocracia» y hasta en otro titulado «El gabinete ante Chile y América», en que ya entró a velas desplegadas en el campo de la literatura política. Todo eso había pasado sin ser apercibido y mi nombre no salía de un crepúsculo muy largo en que apenas asomaban las lejanas claridades del alba». El Dr. Orrego Luco fué periodista toda su vida, amaba el diarismo con fervor, a él consagró buena parte de su juventud en la redacción de «La Epoca» de Santiago y de «El Mercurio» y «La Patria» de Valparaíso; este último diario lo había redactado también en 1867 siendo todavía estudiante universitario. En «La Epoca» atacó al Gobierno de Balmaceda y dirigió con entusiasmo y buen gusto la sección literaria del diario en el cual colaboraron: su hermano D. Luis, Rubén Darío, Pedro Balmaceda y otros escritores jóvenes de verdadero espíritu artístico. Pero el gran cariño del Dr. Orrego fué «El Mercurio»; en el cual inició

en 1888 sus críticas enérgicas y levantadas al Presidente Balmaceda. En Santiago iba constantemente a sus oficinas y colaboró en él hasta sus últimos días, para evocar épocas pasadas y sentirse siempre hombre de prensa.

* * *

En sus cartas, en su conversación ingeniosa e interesante, en sus gustos literarios refinados, en su manera de vestir, era un cultor del arte que buscaba la belleza sin pensarlo, sencillamente; era un artista por hábito. Bien ha dicho el Dr. Alexis Carrel «que la belleza es una corriente irrefrenable de alegría para el que sabe descubrirla, porque se encuentra en todas partes». Don Augusto se quejaba en sus últimos años del vandalismo literario que venía socavando el verdadero concepto de la belleza; así lo repetía al recibir en la Academia Chilena a Don Ricardo Dávila Silva, «adaptándose el arte a las condiciones de la vida de los pueblos, tiene que seguir el camino accidentado de esa vida, tiene que atravesar períodos brillantes de magnífica expansión y épocas de decadencia, en que el arte se pierde entre las sombras.

«Hace treinta años entramos nosotros en uno de esos períodos de obscura decadencia».

* * *

Sus discípulos lo veneraban en su ancianidad, constantemente lo veían, no podía quejarse de ingratitud. El recogía su siembra de afectos y finezas. El Dr. Fontecilla nos dejó una bella estampa en colores del querido maestro: «cuando nosotros llegamos a la Escuela de Medicina la fama del Dr. Orrego era ya inmensa y entre los estudiantes había acuerdo para considerarlo como la más alta cumbre de la Facultad. Al aproximarnos al Dr. Orrego por primera vez, se recibía inmediatamente

y por vías múltiples la impresión bien neta y definida de su alto rango. De él irradiaba de manera continua y suave, pero potente la afirmación de una soberanía espiritual, cuyos derechos al dominio y al acatamiento se imponía con la evidencia irresistible de las verdades esenciales».

En sus libros nos ha dejado la huella de su superioridad, los conservo con cariñoso respeto, dedicados con su letra final donde está perfilada también, como en su vida, su sensibilidad artística. «Recuerdos de la Escuela» es la obra en que ha estampado el contraste de lo que fué la medicina de ayer, noble, elevada, humanitaria, un ministerio de amor casi divino y lo que es hoy, para algunos médicos, una mina de oro y nada más. «Retratos» son una serie de hermosas semblanzas muy vivas, algunas con elogios excesivos, en ellas vemos moverse con toda naturalidad, unos cuantos hombres esclarecidos a quienes admiraba, están escritas con pasión cariñosa. Cada una de esas biografías es un marco que decora y aclara el retrato con la luz de su ingenio. Strachey, Maurais y Zweig las firmarían complacidos.

* * *

Don Augusto como hombre de ciencia realizó un trabajo personal originalísimo en su estudio sobre las «Circunvoluciones cerebrales»; ahí analiza, con curiosidad científico-fisiológica, la anatomía del cerebro humano, estudio que produjo sensación, porque ni Pierre Luig había iniciado todavía los suyos, sobre estas materias. Si el Dr. Orrego no hubiera nacido aquí en Indo-América, su nombre sería hoy más aquilatado en el mundo científico. El Dr. Charlin Correa dice que Orrego «es nuestro Charcot. Orrego hace en Chile lo que hace Charcot en Francia: escribe un capítulo, funda una especialidad; antes de Orrego, la neurología era la fosa común de la medicina, todas las enfermedades que no eran comprendidas por el médico recibían ipso facto la etiqueta de nerviosas».

* * *

En política era liberal de la vieja escuela, era un Quijote del liberalismo; murió con la pluma en la mano, haciendo panegíricos de la doctrina, protestando contra el control de cambios. El Presidente Alessandri dijo en la Academia Chilena, donde le sucedió: «que Orrego era un apóstol irreductible de la escuela liberal individualista». Conocía mis ideas, diametralmente opuestas a las suyas, pero jamás discutimos. Era tolerante, verdaderamente liberal. . .

* * *

Era hombre muy parco para prodigar elogios a los vivos y abominaba la adulación, a todos les decía la verdad. Recuerdo que un día fué a su casa de un caballero, que había entrado en la Academia sin ningún antecedente literario, con el fin de agradecerle su voto en la elección. Don Augusto estaba ausente y lo atendió su esposa, y sólo cuando llegó tuvo conocimiento del extraño visitante; poco más tarde, al hacerle mi visita diaria me contó: «Imagínese que estuvo X a agradecerme el voto en la elección de académico; si yo hubiera estado aquí le habría dicho con mi franqueza brutal, que me había opuesto a su designación». Era así terminante, dentro de su bondad.

Cuando cometía un error lo reconocía, tal le aconteció con el latín. Había estudiado este idioma muy ligeramente, apenas penetró en la riqueza de sus giros y construcciones, de manera que no pudo apreciar en todo su valor esa admirable precisión que no posee ningún otro idioma; lo impugnó desde la prensa, con fines políticos, porque el partido liberal había iniciado la vandálica tarea. Don Augusto comprendió su error y estaba arrepentido de haber sostenido esa campaña de lesa cultura, que

privó a la juventud de un medio tan eficaz para adquirir, sobre base sólida los conocimientos humanísticos. En 1924, por uno de esas inexplicables coincidencias, cuando cumplió cincuenta años de médico y escritor, la Facultad de Medicina le rindió público homenaje en la Universidad de Chile y le obsequió un pergamino en latín.

* * *

Hasta que se fué a Europa, en mayo de 1930, lo visité casi diariamente y me parece verlo, pocos días antes de su viaje, amargado por la situación política de su patria, sentado cerca de la chimenea de su biblioteca, resplandeciente de sol; muy elegante, vestido de «chaquet» gris, polainas blancas, cubierta su cabeza con una boina vasca, que le acentuaba más su tipo acabado de caballero de Vizcaya, reposado, sereno, meditabundo. Tenía una cabeza redonda, majestuosa, en cuya frente amplia estaba impreso el signo del genio, sus ojos vivos, siempre abiertos, miraban de frente a su interlocutor e inspiraban respeto, sus labios delgados, ligeramente recogidos, se abrían con gracia y tenían la huella de la ironía.

* * *

Desde Europa me escribió dos cartas y fué un privilegio inmerecido, porque son poquísimos los que pueden mostrar correspondencia suya de ese tiempo. Cuando llegó, en 1931, yo había dado una vuelta muy larga: estaba cerca del Seminario; al verme de nuevo, después de abrazarme, su hija Marta le dió la noticia que le causó profunda impresión y dijo: «Pero a mi vuelta sólo encuentro ruinas: unos han muerto, otros... se van al Seminario y otras... a las monjas; supongo que usted no se irá a expiar mis pecados, como me ha dicho mi nieta, que se va a las monjas; dígame a qué obedece su resolución,

porque me cuesta comprenderla». Poco a poco, le fuí contando el desarrollo de mi vocación, pero nunca quedó satisfecho, creía que algo... le ocultaba: estábamos todavía muy lejos. Cuando vestí sotana (en abril de 1932) fuí a verlo y lo encontré muy triste. «Supongo, me dijo, que nos seguiremos viendo; mi respuesta fué visitarlo cada vez que me lo permitía el nuevo sistema de vida. Desde entonces, hasta que supe su conversión le consagré un recuerdo en las oraciones, para que el Señor misericordioso lo atrajera hacia El. Desde mi retiro del Seminario, no podía olvidar a un hombre que me dió tantas pruebas de afecto y que me orientó pacientemente en mis primeras andanzas literarias.

* * *

Su desaparecimiento fué para mí una triste sorpresa, porque ignoraba su enfermedad. Su muerte fué lo que yo esperaba del elevado temple de su alma, porque si bien es cierto que no practicaba la religión católica, los que penetramos íntimamente en su corazón, vimos siempre en él profundidad muy cristiana y por eso no me sorprendió que, en sus últimos momentos y con plena lucidez, diera un ejemplo digno de su alcurnia espiritual. Era un hombre superior y debía morir como tal. Su hora postrera es la mejor lección de su larga vida y que la juventud desorientada de hoy debe recoger con esa misma respetuosa admiración con que los discípulos de Sócrates recibieron la suya sobre la inmortalidad del alma. En el sereno anochecer de su vida, al recibir la visita del Padre Carlos Monge, le dice: «que quisiera darle a Dios toda su inteligencia; pero se conforma, porque para hablar con El basta el corazón». Algunas horas después recibió la absolución del mismo Padre Carlos, ante quien hizo una santa confesión y cuando ya le faltaban pocas horas para presentarse ante el Tribunal Inapelable, mirando el crucifijo que puso en sus ma-

nos su virtuosa hija, le habló tranquilamente al Padre Monge, que estaba a su lado: «Padre, dígame usted ahora lo que ya yo no puedo decirle».

Por una circunstancia especial conoció el doctor Orrego, en sus últimos días, la amplitud de criterio del Rvdo. Padre Carlos Monge y alentado por esa cualidad, que él estimaba indispensable en el sacerdote, no dudó un solo instante en llamarlo, cuando necesitó reconciliarse con Dios.

Algunos obcecados y otros católicos pesimistas han pretendido negar la conversión del doctor Orrego Luco, pero ella es un hecho evidente e indiscutible, que yo escuché de los propios labios de mi respetado amigo el Padre Carlos Monge.

Don Augusto murió, en Valparaíso, donde había nacido, ahí pasaba los inviernos en un departamento del Hotel Lebell, frente a la Biblioteca Severín y al diario «La Unión»; cerca de los libros y de la prensa, que fueron los dos grandes amores de su vida.